

# Hierro y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares 1'00 ptes  
Suscripción: España un trimestre 1'00  
Extranjero 1'50

## El desastre del Congreso Nacional de la Libertad

Acaba de celebrarse en Barcelona un Congreso con el hermoso epígrafe de «Congreso Nacional de la Libertad», cuyos resultados han sido tan sumamente pésimos, que muy bien podemos decir que, en nombre de la libertad, se ha celebrado la segunda parte del «Congreso Eucarístico de Madrid», corregido y aumentado.

A este triste y repugnante espectáculo fueron invitados todos los elementos de ideales progresivos, incluso el veterano Anselmo Lorenzo y el grupo editor de este semanario; tanto Lorenzo como nosotros, comprendimos lo insustancial, lo insulso y lo ineficaz que resultaban los temas a deliberar, y, por lo tanto, no hicimos caso de semejante invitación. Por otra parte, sospechábamos que era un verdadero fracaso dado el criterio de sus organizadores. Así lo entendimos cuando llegó a nuestras manos la invitación, y el tiempo ha venido a corroborar con nosotros dándonos en absoluto la razón. Podemos decir más todavía; a más del calificativo de *fracaso* debemos añadir el de que ha sido un *timo* para la libertad de los pueblos y para los congresistas; pues algunos, guiados por el entusiasmo, se han encontrado con el cadáver prematuro de un Congreso sin orientación, dando el bochornoso espectáculo de tristes acompañantes hasta el sepulcro.

Para que no se diga que nos exaltáramos llegando al punto de la exageración daremos las pruebas al canto, sin perjuicio de que podamos describir las sesiones tal cual se han ido celebrando.

El primer tema lo desarrolló la librepensadora López de Ayala, quien disertó sobre los derechos civiles y políticos de la mujer. Abogó en todo y por todo para que la mujer tenga derecho a votar, a elegir sus representantes o representantes en el parlamento. Dice que la mujer debe votar y hacer votar, con lo cual podrá ensanchar su radio de acción (?). De la misma manera opina que debe cursar toda clase de carreras, incluso la de juez, fiscal y militar —entonces sí que aumentarían los códigos adicionando leyes excepcionales... a fin de tener intervención en todo el orden social presente.

Parece mentira que en el siglo en que vivimos se pretenda aumentar el ganado electorero aunando al rebaño masculino el *regimiento de la rana*. No sería más práctico destruir las camarillas de lanudos que pululan por esos mundos? Estos mal llamados derechos de la mujer fueron rebatidos lógicamente por el compañero Badia, quien demostró razonablemente que la mujer tiene idénticos derechos que el hombre, pero entiende—porque tiene sentido común—que ni el hombre ni la mujer deben votar, pues este derecho del sufragio sólo contribuye a que los seres continúen forjando sus propias cadenas, sus propios látigos y sus propios verdugos (grandes aplausos).

A continuación hace uso de la palabra el lerrouxista Bertrán, declarándose abiertamente antifeminista—ignoramos el motivo;—nosiendo interesante su discurso, suena un *pitirreo* en el público que le obligó a retirarse por el momento.

Resumiendo la ponencia de la señora Angela, diremos en honor a la verdad, que excluyendo de su trabajo el extenso artículo copiado que a continuación insertamos, nos cabe la satisfacción de declarar que todos sus argumentos fueron viejos é inútiles.

He aquí el trabajo copiado por la señora López de Ayala:

### La Mujer esclava

Desde que la humanidad existe, la mujer es la esclava del hombre.

Todavía muy cerca del mono originario, armados de colmillos y de zarpas, cubiertos de pelo, las mandíbulas salientes y la frente deprimida, era natural que nuestros prehistóricos antepasados se portaran como bestias salvajes. No dejaban de serlo. Las hembras no eran para ellos más que un botín que se disputaban a la fuerza, y hasta me imagino que se olvidarían de pedir su consentimiento a las azoradas compañeras. Conquistadas en ruda lucha, era necesario que luego pagaran con su trabajo la manutención que les otorgaba el dueño, quien imponía a su sierva toda la labor que a él no le gustaba. Todavía no estamos muy lejos de eso, pues, en la mayoría de los pueblos primitivos, la mujer es tratada como una bestia de carga.

El hombre antiguo dominaba a su esposa por la violencia; nosotros dominamos a las nuestras por medio de artimañas, que consisten en dejarlas ignorar todo lo que se refiere al matrimonio y a la vida, para pedirles luego un consentimiento falaz. El hombre antiguo consideraba a su compañera como una cosa suya; nosotros la consideramos como nuestra propiedad. Tenía sobre ella derecho de vida y de muerte, nosotros también. Atemorizamos a la joven con contratos inviolables, inventados por nosotros en provecho nuestro; aterrorizamos a la esposa con leyes sanguinarias, hechas también por nosotros con el mismo objeto. Es siempre el régimen del rapto y de la violencia convertido en honor por nuestros abuelos.

Al par que nuestras mandíbulas han dismi-

nuido y nuestras zarpas se han convertido en uñas, nuestros cráneos se han ensanchado. Ya que pretendemos pensar y razonar, bueno sería que pusiésemos de acuerdo nuestros actos con nuestra razón, abandonando las costumbres heredadas del tiempo de los colmillos y las zarpas. Toda nuestra vida social, y nuestra vida sexual especialmente está formada de tradiciones semi-salvajes. Es necesario que esto acabe.

Buenas almas creen que es justo que la mujer se mantenga en su condición inferior, ya que es más débil. Lógica de salvaje siempre. Si las palabras derecho y deber no estuviesen desprovistas de sentido, habría que decir todo lo contrario: que es necesario imponer más deberes a los fuertes y conceder más derechos a los débiles. Por otra parte la debilidad de la mujer es relativa: ciertas mujeres son más robustas que ciertos hombres. En algunas especies de animales la hembra es tan fuerte como el macho, y en el combate son más terribles. La debilidad, pues, no corresponde necesariamente a la función materna. Si la mujer es hoy algo más débil que su compañero, quizá esto sea el resultado de una división del trabajo: el guerreando y cazando, ella cuidando de la casa y de los pequeños. La fuerza muscular no tiene ninguna importancia en la vida social contemporánea; no puede ser un motivo de desigualdad. Cada día más se impone la energía nerviosa, el cerebro pensando y queriendo. ¿Acaso el sistema nervioso de la mujer no es capaz de elaborar en pensamiento y en voluntad tanto como el del hombre? ¿Por ventura se cree que debe ser tenido en tutela? Ni pensarlo siquiera. Como todos los seres vivientes, la mujer tiene en sí recursos propios. Que se le deje entrar en la vida y desarrollarse a su gusto. Ella sola es el juez de lo que puede y debe hacer.

Siempre sucedió lo mismo. Los nobles no querían que los burgueses se emanciparan, porque se consideraban superiores. Los burgueses hoy no quieren que los trabajadores se liberten; también se creen superiores. Los militares quieren sobreponerse a los civiles, y los curas a los laicos. Los civilizados miran con desprecio a los salvajes, sin reparar que la distancia que les separa sólo es un accidente de la evolución general. Cada pueblo se cree superior a los demás. Cada uno de nosotros cree ser más sincero que el resto de los hombres. La idea que tiene el hombre respecto a su superioridad sobre la mujer, no tiene fundamentos sólidos. Es una ilusión nacida del deseo de dominar.

Sobre todas las cosas está el deseo de dominar. Con la simple lectura del código se nota que son los hombres los que han hecho las leyes. La manera como hablan los legisladores de los derechos y de los deberes de cada uno de los esposos, la manera opuesta de considerar el adulterio en cada sexo, y la manera como tratan a la madre y al hijo natural, son verdaderamente encantadoras. Desenvuélvese un egoísmo tan ingenuo que casi desarma la indignación. El poder legal del marido casi no tiene límites y el de la esposa es nulo. Ella le pertenece; pero él a ella no. Que la mujer sea feliz ó desgraciada depende de la buena voluntad del hombre; pues la ley que la ha entregado no la defiende. A decir verdad, la mujer, al igual que en las edades prehistóricas, está considerada, no como una persona, sino como una propiedad. Para que el amor pueda nacer y durar entre el esclavo y la sierva, son necesarias circunstancias excepcionales. La mayoría de las veces no hay amor; hay solo el cambio de dos deseos momentáneos, ó quizá peor, brutalidad de una parte y sumisión de otra. En materia de matrimonio la propiedad es la violencia.

Para salir de este estado humillante de cosa poseída, la mujer busca cada día más a liberarse de la tutela del hombre, viviendo de su propio trabajo. Pero se encuentra con el patrono arrogante que, como precios a trabajos más penosos, le ofrece un salario para morir de hambre.

Para no morir, muchas mujeres buscan refugio en la prostitución. ¡Si al menos estuviesen seguras, obrando así, de evitar el suicidio!

Cada vez que la mujer quiere emanciparse, cuando de simple cosa quiere convertirse en persona, el hombre pone todo su esfuerzo para impedirlo. No quiere que ella desarrolle sus facultades para convertirse en su igual. Los diputados no quieren mujeres electoras ni elegibles; los magistrados no quieren que las mujeres cursen derecho; los médicos no quieren que las mujeres estén agregadas a la Facultad ó ocupen alguna cátedra. En las bellas artes los alumnos se oponen a las entradas de las alumnas. Pues bien, a pesar de todas las ridiculeces y dificultades de todo género, un buen número de mujeres cursan las ciencias, las letras y las artes, y algunas veces con mejor provecho que los hombres.

No hay para que ocultarlo; en el fondo el hombre desdén a la mujer, y la amabilidad que aparenta en su presencia es una abominable hipocresía destinada a enmascarar la condición de esclava en que la tiene sujeta.

Tal desdén se refleja hasta en el lenguaje.

Para significar todos los seres de nuestra especie decimos: el hombre, los hombres, la humanidad. La mujer está comprendida también a título inferior, y por lo mismo ni se la nombra.

Cuando afirma haber separado a la mujer de la vida social por la delicadeza de su organismo, el hombre miente. Si esto fuera verdad, el hombre se habría encargado de todos los trabajos penosos y repugnantes, dejando para su compañera los trabajos fáciles, y en primer lugar el estudio. No lo ha hecho porque no lo ha querido. Desde el origen de las sociedades, todos los esfuerzos del hombre se han dirigido a impedir que la mujer se instruya. ¿Por qué? Porque un esclavo que se instruye, deja de ser un buen esclavo.

La educación que se da a la joven, es una educación servil. No se preocupan de desarrollar sus aptitudes, sino de formarlas para que tenga un dueño. Se la enseña lo justo para que no haga muchas faltas de ortografía y para que no parezca cursi en una conversación; se consiente en adornar su espíritu con algunas artes que distraigan; se le concede meter ruido en el piano, ya que esto no es peligroso para las prerrogativas del hombre. Pero se guardan mucho de hacerle conocer las ciencias, que le abridan los ojos sobre las mentiras religiosas ó sociales, fundamentos de su servilismo; no quieren que se interese en la vida pública, que observe la sociedad frente a frente, ni que se forme sobre las instituciones ideas que podrían muy bien rebelarla.

Se las encierra en casa, entre la cocina y las labores; se atonta su inteligencia con lecturas perniciosas; se degrada su carácter para que obedezca. ¿Obedecer! Es lo que desde un principio se esfuerzan en imponerle como norma de toda su vida. Al mismo tiempo atácase su sentido moral con exhortaciones que llaman virtuosas y en verdad son degradantes. Se hace creer a la joven que es vergonzoso amar libremente a un joven y ser madre sin haber cumplido las ceremonias establecidas; en cambio se le hace creer que no es denigrante el venderse a un viejo mientras se cumplan las ceremonias. Escondiéndole la verdad, reglamentando sus lecturas, se la ultraja: se le hace la injuria de suponer que, entregada a sí misma, sería incapaz de sostenerse; considérase, con el criterio cristiano, un ser impuro. Degradada en su cuerpo, y lo que es peor, en su cerebro, la mujer es víctima de todas las supersticiones y de todos los prejuicios.

Pues bien, nosotros queremos para la mujer, como para el hombre, una educación esencialmente científica. Las ciencias, y sobre todo las naturales, son indispensables a la mujer; por de pronto para limpiar su cerebro de todas las estupideces que la entorpecen; luego como la mujer alumbró y cría, necesita conocer su organismo, saber lo que es la vida, el amor, la muerte. ¿Cómo ha de cuidar un niño, si ignora la anatomía, la fisiología y la medicina? Yo quisiera que todas las jóvenes y los jóvenes también, pasaran unos dos años ó tres en los hospitales y aprendiesen el modo de curar y el respeto al dolor humano. Esto valdría más que los cursos de piano para las unas y el servicio militar para los otros.

Esclava desde tantos siglos, la mujer conserva las costumbres de esclava, el pensar de esclava, los gustos de esclava. Observadla: en la más honesta encontraréis trazas de venalidad, hasta con su marido. Al ofrecerle un vestido nuevo ó un regalo cualquiera, veréis que se torna más amable; esto es vergonzoso. Como todos los esclavos, aplaude el éxito, y, al mérito modesto, prefiere las medianías que consiguen notoriedad. Tiene una necesidad malsana de bien parecer, de atraer las miradas; un deseo perverso de dominar, de humillar. Como a los salvajes, le gustan las cosas doradas, las pedrerías, la compostura inútil y embarazosa; horas enteras se pasan frente a los escaparates de las joyerías mirando cosas feas, pero brillantes; cúbrense de collares, brazaletes, sortijas, pendientes, cintas y de un sin número de cosas que no tienen razón de ser, pero que cuestan muchísimo, agravando con esto la lucha por la vida.

Su tocado es, ante todo, antihigiénico y contraproducente. Lleva plumas en la cabeza, como los salvajes—y como los generales—; como los salvajes gusta de las pinturas corporales; pinta sus ojos, sus labios, sus mejillas; agujerea sus orejas para colgar objetos, y gracias a que ha perdido la costumbre de agujerearse los labios y la nariz. Comprime sus pies con zapatos estragantes, que la imposibilita caminar naturalmente; comprime sus pulmones y su estómago con el corsé, comprometiéndose así su salud y la de los hijos que tendrá... ¡Si puede! Pero esto poco le importa: en los cerebros que están deprimidos por la esclavitud, la vanidad es más fuerte que todo.

Es necesario que esto acabe. Es necesario que la mujer tome conciencia de sí misma, se canse de su estado presente, se niegue a ser por más tiempo una muñeca, ora una sirvienta y siempre una propiedad. Es necesario que sepa que no hay dignidad posible ni moralidad sino en la libertad, en la plena posesión de sí misma. Quiera ser libre y lo será. La libertad de la mujer sería una gran revolución cuyas consecuencias no pueden calcular-

se. Sería el fin de las religiones, que sólo subsisten por ella, y por ella tienen aún al hijo y al hombre. Sería el fin de las guerras que las mujeres detestan porque en ellas perecen tantos maridos é hijos. La adaptación de la mujer a las tareas modestas ha tenido algo de bueno, ya que le ha hecho perder las costumbres brutales y el gusto del homicidio. La mujer instruida, entrando en la vida social, sería el medio más eficaz para la pacificación y el desarme, y no las palabras huecas de los déspotas. Sería el fin de la prostitución, del relajamiento mercenario y vil. Sería el fin del reino de la violencia y del aplastamiento de los débiles por los fuertes. Sería el advenimiento de la piedad y de la bondad.

La mujer libre es una humanidad libre que se levanta.—René Chaughí

El segundo tema se le confió al doctor Antich; versó acerca de los accidentes del trabajo, retiros para la vejez y paros forzados.

Este señor, con toda la habilidad que caracteriza a los políticos, buscó argumentar su tema con flores libertadoras, pero el compañero Seguí, con un criterio altamente sindicalista y con un sano juicio de las cosas, deshizo todas sus patrañas, dirigió duros ataques a los oportunistas, a los políticos reformistas y a la propiedad individual, causa de todas las miserias que padece la clase desheredada. (Aprobación unánime en el público y colosal aplauso).

Le sustituye en el uso de la palabra un *cretino* y tráfuga de la *kabita de Bonafulla*; empezó con una especie de *do, do...* queriendo desvirtuar lo dicho por Seguí, lo cual no pudo conseguir a pesar de todas sus pretensiones tontas y lo único que logró fué una *rechifla* de los oyentes. También el doctor Antich vió impotente para deshacer los razonamientos expuestos por el amigo Seguí y le faltó poco para suplicarle le perdonara. ¡Qué humillación!

¿Qué, no sabe el doctor Antich que el hambre y la miseria que sufre el obrero no se pueden aplacar con los huesos que les arroja la burguesía? El hambre y la miseria constituyen en el hogar del proletario una enfermedad crónica, y las enfermedades de esta naturaleza no se curan con sinapismos y cataplasmas, si no manejando el bisturí de la acción directa.

A estos imitadores de santo Domingo hay que manifestarles que no estamos conformes con sus viejas teorías, hay que decirles que estamos hartos de apoyar su huera prédica, su falsa filantropía. Los obreros no podemos transigir con los *generosos pillos* que buscan afianzar, fortificar y proseguir el robo legalizado para después presentarse prodigando limosnas al mismo despojado. No, no es así como tiene que desaparecer el malestar, si el proletario quiere terminar con ese estado de cosas debe empezar por dirigir sus energías contra las causas que lo engendran.

Al día siguiente le tocó el turno a la ponencia del señor Morayta, pero éste se declaró en fuga y en su representación subió a la garita-patibularia el señor Barriovero; éste disertó acerca de la separación de la iglesia y el *estado*. Tuvo algunos conceptos buenos, pues entre otras cosas dijo:

«No basta separar la iglesia del estado, sino perseguirla hasta conseguir su aniquilamiento». «La patria me merece un concepto amplio, yo considero que en la actualidad hay dos patrias: una, el suelo donde nacemos y otra la artificial que no tiene razón de ser y es contra la que dirigimos nuestra lucha, nuestros esfuerzos». Fué aplaudidísimo.

Este tema no originó grandes controversias, únicamente subió al patibulo el *Quijote chino* y presentó una adición que fué desechada por carecer de sentido común.

Lamentamos se le tenga tan poca consideración a ese esperimento.

En la sesión siguiente, por no comparecer su autor, se da lectura al tema «Establecimiento del divorcio».

El primero que sube al *catapalch* es el autor de un folleto que se titula «El yo me acuso». ¡Y aquí le queremos ver, escopeta! Suelta una serie de disparates y contradicciones que el público se subleva.

El público recuerda muy bien que al principio se declaró antifeminista, luego partidario del amor libre y termina afirmando que lo *peor es mevallo*. Por fin se resisten los oyentes a soportar las *latus* de los demás oradores. El señor *Burla*, debido a su vejez, acepta el divorcio, por lo cual es muy aplaudido.

Dado los muchos trabajos que faltan a liberar, se solicita del Ayuntamiento tres días más de prórroga y queda concedido.

Por la noche continúa la tarea; una dama roja da lectura al trabajo de Giner de los Rios sobre «Instrucción obligatoria, integral y racional». Este trabajo da margen a una calurosa controversia entre *Alquitrán*, Maseras, Badia y Nin. El primero se siente partidario de la cloaca, y a continuación propone:

«España ha de regenerarse en la escuela, como en todo, por el *Hierro* y por la *Sangre*, y por lo tanto la escuela ha de despertar y avivar el más fervoroso sentimiento patriótico en el niño». Los que tal disparate oímos

no pudimos por menos que soltar una carcajada.

Lo que no podemos explicarnos es el significativo que tienen esas palabras de «Hierro y Sangre» acompañadas de letras mayúsculas; no parece otra cosa—según se nos alcanza—que el que tal dijo debe tener el oficio de matarife y por tal debió confundir el tema de pedagogía.

El compañero Badia, dice que el niño no necesita nociones de patria, propiedad ni política, pues entiende que estos tres factores son la perturbación de la mentalidad y el entorpecimiento para el desarrollo de la vida; enseñarles eso, equivale a prepararles para la muerte.

El señor Calamitas rechaza lo expuesto por Badia y se declara patriota. (Grandes murmullos)

Por fin el señor Nin pronuncia algunas palabras antipedagógicas y un microcéfalo lerrouxista le interrumpe y se promueve un escándalo. En medio de las protestas y griterío todos se ponen en pie en tono amenazador los periodistas rompen el tintero y acusan señalando a los lerrouxistas como promovedores del incidente, el presidente agita el cascabel que posee en lugar de un timbre; pero que si quiere. El público no oye el din, din, din del picotillo y la sesión se da por terminada.

Al día siguiente aparece en el periódico que «lleva en la cabeza autonomía»,—frases textuales pronunciadas por el *microbiano*, en el siguiente suelto: «Determinados elementos pretendieron ayer perturbar el admirable orden del Congreso con manifestaciones antiespañolas y antipatrióticas, subrayadas por un coro de amigos que al efecto asiste a las sesiones.

«Nosotros no podemos pasar de ningún modo por semejantes provocaciones.

«Contra esos manejos inconcebibles hay que oponer una ruda manifestación de serenidad, de juicio y de prudencia, y a sostenerlo así han de acudir todos los radicales, absolutamente todos, y con ellos los amantes del librepensamiento.

«Hay que imponer, serena y juiciosamente, la paz y la libertad».

¿Qué os parece el procedimiento de los señores empleados de la *Gaceta china*?

«Siendo ellos los promovedores, los insultadores, los provocadores del disturbio, para qué invitan a los chulos de meretrices? ¿Será para imponerles la escafandra de piel de oso? Con esa invitación se retratan de cuerpo entero ó lo que es peor, enseñan las herraduras.

Pasemos a otra sesión. En esta pasan la tarde alegremente unos cuantos despotricadores, presentando proposiciones que d.g.neran en chistes, unas felicitando a los muertos por su llegada al «Reino de los cielos», otras recomendando al Ayuntamiento para que le concedan una calle a Ferrer, otra, rogando a los padres de la patria se interesen para que no suban Maura y Cierva al poder a fin de evitar les coloquen el bozal que para el efecto guardan aquellos señores.

Y por último se trabó un combate entre dos co... tre... li... gio... na... ríos que se echan los trastos a la cabeza como quien oye llover.

Estos individuos son el fiel reflejo del escándalo de la sesión anterior. Por fin el presidente grita, se esfuerza para sofocar el incidente por lo cual se ve precisado a pronunciar las siguientes frases: «Hoy hemos dado un espectáculo vergonzoso propio de un pueblo de canallas». Aquí se halla la fototipia del párrafo descrito por la *Gaceta china*.

«Es necesario que preguntemos quienes son? No; ellos mismos han descubierto el enigma».

Algunos congresistas abandonan el estrado y se acercan a la mesa de los periodistas. Uno de ellos interroga al congresista Jesús Ullid en este sentido: «¿Qué, no hace uso de la palabra en estos debates? A lo que él responde: «Si se discutiera el tema de la prostitución, quizá tomara parte, pero sería en pró».

Por la noche se presenta enviado por no sé quién y por conducto de no sé cuántos el tema sobre la abolición de la pena de muerte, se da lectura al trabajo—bastante mal por cierto—por incompreendencia de su autor.

También interviene el *megaterio* de siempre y declara que él está representando allí dos papeles; uno como congresista y otro como periodista.

Uno del público:—Y otro más, el del ridículo.

En la sesión siguiente el intruso se encarga de suplir el puesto del señor Salillas y en su lugar habla del sistema penitenciario; pero antes se presenta a la consideración del Congreso un trabajo del Ateneo Sindicalista Obrero, exponiendo maravillosamente el amplio concepto de la libertad.

Lo lee el compañero Badia y después lo defiende ante los que por comodidad no lo comprenden. En este trabajo, como en todos, interviene el señor Bula y *Alquitrán*, pero por fin se pasa a votación y lo aprueban. El trabajo presentado es el que sigue:

### LIBERTAD

La representación del Ateneo Sindicalista de Barcelona, en nombre de los trabajadores que aspiran a emanciparse del dominio de